

El calendario de Tai

Rosario Nomdedeu Moreno

Tai estaba dispuesta a evitar que su hija fuese ignorada en la sociedad como lo había sido ella.

El día que nació, más bien la noche (que esa es la costumbre de los bebés), tomó buena nota de los detalles que la ayudarían a recordar ese momento: la luna estaba casualmente llena, absolutamente llena. Hacía mucho frío, era la época más fría del año. Tai sabía que la próxima vez que el cielo luciera luna llena las temperaturas serían más benignas. Su niña tendría ya dos lunaciones cuando sus pequeños ojitos verían las primeras flores del almendro. Todo eso sería anotado cuidadosamente por Tai en el libro familiar que comenzó el día de su boda. Por cierto también había luna llena aquella su primera noche, en su nueva casa, con Poe. Y también hacía mucho frío.

Tres lunaciones más tarde comenzó a sentir extraño su cuerpo, cuando comenzaron las plantaciones de las hortalizas en el pequeño huerto de la aldea.

Tres lunaciones más tarde, Tai ya estaba convencida de que iba a ser madre, la época de calor parecía especialmente intensa. Tai no sabía si era así o ella lo sentía más fuerte que en otras ocasiones por la emoción que le producía sentir el latido de una nueva vida en sus entrañas.

Para la siega del trigo Tai ya estaba muy pesada. Poe cargó por esta vez con una parte del trabajo de Tai. Ambos estaban ilusionados. Pronto, con la vuelta del frío intenso, vendría su primera criatura al mundo: 9 lunaciones desde los primeros momentos (sus periodos coincidían exactamente con los de la luna, por eso pudo contarlos exactamente cuando desaparecieron), 12 desde el día de su boda. Tai lo registraba todo.

Tai quedó satisfecha de la tabla que había confeccionado, la decoró y la colgó en una pared de la casa.

Poe vio aquella tabla que registraba acontecimientos tan importantes en sus vidas y observó que él no hubiera tabulado el tiempo de la misma forma: en su aldea es costumbre agrupar las jornadas de 7 en 7, "coincidiendo" con la duración de cada fase de la luna.

Le comunicó a Tai la posibilidad de hacer esta agrupación y aquí surgió la primera desavenencia: Tai le hizo ver que $7+7+7+7$ son 28 y ella estaba segura, muy segura de que la luna tardaba 29 días y un poco más, cada vez, para pasar de llena a llena (no en vano su periodo coincidía, desde hacía muchos años, con el de la luna).

Como no llegaban a un acuerdo estuvieron pensando en algún procedimiento nuevo y aceptable por ambos.

Pasó mucho tiempo, cada cual anotaba los acontecimientos según su criterio, pero ninguno perdía de vista el objetivo: encontrar un criterio común.

Mientras tanto la niña iba creciendo, y las responsabilidades de Tai y Poe a lo largo de la jornada también:

Tenían que alimentar a los animales al amanecer, preparar la comida para la familia, cuidar los campos, sacar, vigilar y recoger al rebaño, reparar los desperfectos de la casa y de los útiles domésticos, preparar ropa y alimentos para la época fría o negociar el intercambio de excedentes.

Tantas eran las tareas que pronto la niña entró a formar parte del equipo: quedó encargada del rebaño de ovejas. Comenzó a cuidarlas durante la época de la recolección, Tai y Poe estaban abrumados por el exceso de trabajo, necesitaban todas sus fuerzas para terminar la recolección antes de que las lluvias lo echaran todo a perder.

Pronto llegaron las lluvias, los vientos y las escarchas y el día comenzó a ser más corto que la noche. Acortó tanto que Poe y Tai sufrían mucho cuando caía el día, pues temían que la niña se hubiera entretenido excesivamente y le pillara la noche cerrada por el camino.

Tai conocía bien las montañas, los árboles y las casas y también sabía leer lo avanzado que estaba el día en las sombras que arrojaban esos objetos, pero su niña era pequeña y podía confundir unas cosas con otras, de modo que Tai se puso a cavilar para resolver el problema.

Decidió ir, al comienzo de cada fase, y marcar en el suelo una señal, justo en el extremo de la sombra de algún objeto inconfundible, de modo que cuando la sombra tocara esa marca con su extremo, la niña debía iniciar el regreso. Como el sol seguía bajando, cada 7 u 8 días Tai corregía la marca, y para observar mejor el comportamiento de las sombras de las cosas a lo largo del día, plantó un palo en la puerta de la casa. Durante un periodo completo de labores agrícolas fue marcando con piedrecillas la sombra arrojada por el palo, cada día y en diferentes momentos del día. Hizo muchos descubrimientos, pero sobre todo uno la emocionó:

Transcurridos 365 días, la sombra volvía a ocupar la misma posición que el día que comenzó su experimento

Le explicó su hallazgo a Poe: el sol le daba la razón a ella:

Tai tenía calculado cada periodo agrícola en 12 lunaciones de más de 29 días por lunación, es decir 348 días (lo que faltaba hasta completar una "solación", un periodo solar, debía ser por el "algo más" de 29 días de cada periodo lunar o lunación).

Desde luego, lo que no cuadraba en absoluto era que las lunaciones fuesen más cortas de 29 días, 28 según la aldea de Poe.

Poe aceptó la propuesta de Tai, a él también le resultaba atractivo que el periodo solar pudiera dividirse en un número entero de periodos lunares. Tai por su parte aceptó considerar grupos de siete días, semanas en la aldea de Poe, para medir temporadas más cortas que la lunación.

Para celebrar el acuerdo decidieron establecer un día de fiesta, de fiesta grande: sería cuando el día empieza a ser más largo que la noche. Estos días eran para Tai alegres y festivos, pues el clima es benigno, la luz del día vence a la oscuridad de la noche, su niña vuelve a casa rendida antes de que el sol se oculte tras las montañas. Así pues el día de fiesta grande sería último de la semana de luna llena en que el día empieza a ser más largo que la noche. Esta semana está llena de luna y llena de sol, por eso la eligieron para celebrar su acuerdo luni-solar.

Tai siguió durante muchas, muchas solaciones, haciendo observaciones, mediciones y acuerdos con Poe convencida de que en una solación ocurrían 12 lunaciones exactas.

En este empeño perfeccionó los instrumentos de observación, el método para tomar las anotaciones, indagó en otras aldeas otras costumbres y, aunque nunca pudo probar su idea, aprendió mucho del sol, de la luna y de otras gentes. Pero todo ello forma ya parte de otro cuento...

Rosario Nomdedeu Moreno. Castellón. Otoño 1995